

El Serpapinto

Chata Cuba¹

Era 29 de mayo de 1945 y Argimira abordaba el Serpapinto con destino a Filadelfia, pero ahora viajaba como Joaquina Monfort Mir. Ella escapaba del fascismo, y lo hacía con la ayuda de la resistencia que le había proporcionado datos y documentos falsos para que pudiera surcar el Atlántico sin mayores dificultades.

Llegó a Filadelfia el 10 de Junio, pero aquel país era demasiado frío para su gusto y decidió seguir camino, arribando a La Habana el día 16 del propio mes. Ni ella misma podría haber pensado en aquel momento que echaría sus raíces en esta ciudad, y aún en ese momento faltaba mucha historia por hacer.

Acá las cosas fueron diferentes. Un país cálido, que tenía mucho de su tierra natal, por aquello de la colonización, entonces desde el principio se sintió más a gusto. Claro, que atrás se había quedado su media naranja y había que ver cómo y cuándo la podría encontrar.

Comenzó por esos días el sufrir de la espera, su esposo no llegaba y las cartas iban y venían. Él aún del otro lado del Atlántico, con el peligro del fascismo detrás de sus talones. Desde acá ella le escribe, dándole todos los pormenores de la persona que ha prestado su identidad para que también él pueda viajar y reunirse de nuevo.

Argimira, un nombre poco usual por estas tierras, por lo que empezaron a llamarla como era costumbre llamar a los emigrantes Españoles, cualquiera que fuera su procedencia, “Gallega”. Pero también la llamaron Joaquina,

¹ Con tal seudónimo se presentó el presente relato, no logrando averiguar el nombre verdadero de la autora. (N.E.).

María... en fin, cualquier cosa menos Argimira. Creo que si preguntan hoy por Argimira, nadie le sabría decir quién es, pero si Ud., preguntara por “la Galleguita”, estoy segura de que media barriada de Santo Suárez le sabría dar una razón.

¡Un día apareció en La Habana “el Gallego”!, que como pueden imaginar, tampoco era Gallego, era Madrileño, pero... ya saben... Ésa era su media naranja, con la cual había desandado guerras, campos de concentración, cárceles, una vida llena de aventuras, riesgos, algo como para hacer una novela. Definitivamente, ése era el hombre de su vida y con él seguiría hasta cerrarle los ojos.

Luego de dar tumbos acá y allá se asentaron en Santos Suárez, en una pequeña cuartería donde luego de muchos años nació su primer hijo, al que llamó igual que su padre: Andrés. Un pichoncito de español rubiecito y de ojos claros. Con esto se terminaba una era de aventuras, había que criar y educar a aquel pequeñín y para ello Argimira trabajó día y noche. Era experta lavando y planchando, no había quien le pusiera un pie adelante en esos menesteres. UD. le podía llevar una pieza con una mancha que pensaba irreparable y le doy por seguro que ella la borraba de sus ropas, lo digo por experiencia propia.

En las artes culinarias también era excepcional. Su sazón era conocida en varias cuadras a la redonda, sus pudines de 3 capas (flan, pudín, panetela), fueron famosos en el barrio y nunca nadie pudo lograr que ella diera la receta exacta de nada, decía que no lo hacía por medidas, que todo era a ojo de buen cubero, pero nada, siempre, siempre le quedaban del mismo tamaño y con el mismo punto, de las croquetas y la carne rellena, ni hablar. Estoy segura de que de haber montado una cantina el negocio hubiera prosperado, pero el viejo Andrés era demasiado celoso para permitirle a su Chati (así se decían entre ellos) andar en negocios a gran escala.

A los dos años del pequeño Andrés, llegó Rafael, su segundo hijo. La situación se hacía más difícil para ellos desde el punto de vista económico, pero acá estaba un nuevo niño y habría que salir adelante. Eso sí, todos juntos, la familia muy unida sobre todas las cosas, era el primer principio de ellos.

A golpe de esfuerzo y sacrificio logró que sus hijos estudiaran en una escuela privada, no en La Salle, pero sí en una pequeña escuelita del barrio, La escuela Progresiva y el Instituto Educacional Fariñas donde incluso enseñaron a los pequeños dos idiomas. Siempre dijo que sus hijos estudiarían y se harían hombres de bien, aunque en ello le fuera la vida.

JOAQUINA MONFORT MIR

Era el nombre de una cubana que existía en realidad y que apoyaba a la resistencia. Ésa fue la mujer que prestó su nombre a Argimira para que llegara a Cuba y como el mundo es tan inmensamente pequeño, sucedió que un día su hijo Andrés se encontró con un hijo de Joaquina Monfort Mir.

Andrés trabajaba en la Refinería Nica López, y como las piedras rodando se encuentran, resultó que uno de los trabajadores de allí era de apellido Monfort. Andrés le cuenta que su madre para poder viajar a Cuba huyendo del fascismo, lo había hecho con un nombre falso, y ese nombre era Joaquina Monfort Mir.

Cuál no sería el asombro de ambos al comprobar que la Madre de su compañero era quien había cedido su nombre para ayudar desinteresadamente a una mujer que escapaba de las garras del fascismo.

Adoptar la identidad de otra persona no era tarea fácil. Era necesario que se aprendieran muchas cosas de la vida de aquellas personas que voluntariamente se prestaban a ayudar. Pasaban semanas repasando nombres de familiares, fecha de nacimiento, lugares de trabajo... en fin, cualquier cosa que fuera sensible a ser preguntada por alguien que estuviera tras la pista de aquellos hombres y mujeres.

Y al pasar el tiempo quizás nos parezcan personas insignificantes, pero son esas personitas quienes por años arriesgaron sus vidas luchando por sus ideales y por construir una sociedad más justa y liberar del fascismo a la humanidad.

Una de esas personitas era Argimira. Diminuta, sencilla, mujer de pueblo, pero en el fondo con el coraje de gigante.

ARGIMIRA

Era una mujer pequeñita, con un color dorado en su piel que era digno de envidiar. Nada presumida, aunque de vez en cuando se rizaba su escaso cabello blanco como el coco, Siempre andaba con zapatillas de suela de goma. Ligera, como nadie puede imaginar, con un corazón que no le cabía en el pecho para ayudar y hacer el bien. Si Ud. necesitaba conseguir una medicina o cualquier otra cosa que le hiciera falta, puede estar seguro que ella movía cielo y tierra para ayudarle en eso, y como era así con todo el mundo, pues claro está, todos nos sentíamos comprometidos con ella. Era como una cadena gigante de hacer el bien: tú me das esto hoy para “fulano” y mañana “mengano” me da esto a mí para ti. Se pasaba la vida regalando comida a los vecinos, que adoraban su sazón.

Su mayor pasión eran las plantas y salir a caminar por el barrio y que todos la conocieran y la saludaran. Para ella no existían las colas, donde quiera que llegara se escurría con su pequeña figurita y luego contaba sus triunfos a los hijos.

Su vida se alimentaba de ser una persona importante en el barrio, a la que todos conocían, querían y que podía hacer y deshacer en colas, bodegas, carnicería, etc., etc., etc.

Los regalos que más apreciaba eran los adornos para la casa. Aquello parecía una quincalla y cada vez nos jurábamos que no le compraríamos un adorno más, pero nada, al final terminábamos todos en las mismas. Si era lo que ella más apreciaba, qué sentido tenía regalar otra cosa...

Durante el día era como una abeja laboriosa, siempre haciendo algo acá y allá. De noche, al terminar las faenas del hogar se sentaba frente a la televisión con un vaso lleno de caramelos que iría comiendo en la medida que veía sus programas favoritos.

En el fondo, muy en el fondo, creo que soñaba con volver un día a su tierra natal, pero el viejo Andrés no podía oír hablar del tema, y ella decía que guardaba dinero para un día dar un viaje a España. Todo lo recordaba y lo describía con una claridad asombrosa, y ese día llegaría para ella...

EL VIAJE A ESPAÑA

Un día llamaron de la Sociedad Salmantina, preguntando sus datos para un posible viaje por el plan añoranza. Y allá se fue Argimira con un pequeño grupo de Salmantinas en un viaje maravilloso que la llevó de nuevo a su tierra natal, donde se sintió la mujer más feliz de la tierra al volver a ver a los suyos, la casa donde nació... Fue recibida con bombos y platillos, hizo programas de Radio, recibió una medalla, salió en periódicos..., en fin, que para ella fue el viaje a lo maravilloso.

El regreso a La Habana también fue con bombos y platillos. Todos los vecinos la esperaron a la puerta de la casa, la recibieron con pancartas de bienvenida... un alboroto tremendo había en el barrio aquel día, y ella disfrutó, tanto su estancia en la tierra que la vio nacer, como el regreso a la Isla que le dio cobijo.